

J. G.
BALLARD

La isla
de cemento



Roger Maitland, arquitecto de treinta y cinco años, sufre un accidente con su flamante Jaguar en una de las autopistas de Londres. Para su sorpresa, queda varado en la isla de tránsito en la que ha caído y que se extiende bajo los tres carriles de la vía. Nadie se detiene a recogerlo, y como un nuevo Robinson Crusoe, Maitland no cuenta con otros recursos que el contenido del automóvil y su propia fortaleza. Mientras intenta sobrevivir a esta ordalía física y psicológica, empieza a entender también los motivos ambiguos que lo han llevado a ese paisaje de hierba y cemento, imagen y escenario de su propia alienación.

1**A través de la barrera**

Poco después de las tres de la tarde del 22 de abril de 1973, un arquitecto de treinta y cinco años llamado Robert Maitland corría saliendo de Londres por el carril rápido del cruce del oeste. A seiscientos metros de la unión con el recién construido ramal de la autopista M4, cuando el Jaguar había pasado ya la velocidad límite de cien kilómetros por hora, el neumático delantero izquierdo reventó de pronto. Robert Maitland tuvo la sensación de que el aire golpeaba el parapeto de cemento y estallaba dentro de su propio cráneo. Durante breves segundos antes del choque, aturrido por el impacto en la cabeza del borde cromado de la ventanilla, se aferró a los rayos del volante. El coche osciló de un lado a otro cruzando los carriles desiertos, sacudiéndole las manos como una marioneta. El neumático destrozado trazó una raya negra en diagonal sobre las líneas blancas de marcación en la larga curva de la autopista. Fuera de control, el coche irrumpió a través de la empalizada de caballetes de madera al borde del camino, y rodó cuesta abajo por el terraplén de hierba. Treinta metros más adelante, se detuvo contra el herrumbrado chasis de un taxi volcado. Apenas lastimado por la violenta tangente que le había rozado la vida, Robert Maitland permaneció tendido sobre el volante, la chaqueta y los pantalones tachonados con fragmentos de parabrisas, como un traje de luces.

En esos primeros minutos, mientras se recuperaba, Robert Maitland no pudo recordar del choque mucho más que el

estallido del neumático, la oscilación de la luz del sol en el momento en que el coche salía del túnel, y los fragmentos del pulverizado parabrisas que se le clavaban en la cara. La secuencia de acontecimientos violentos, que sólo había durado unos microsegundos, se había abierto y cerrado detrás de él como una válvula del infierno.

—... Dios mío... —se oyó decir Maitland, y reconoció el débil susurro. Seguía aún con las manos apoyadas en los rayos partidos del volante, los dedos extendidos e inermes como si se los hubieran disecado. Apretó las palmas contra el borde del volante y se enderezó. El coche se había detenido en una pendiente entre las ortigas y las hierbas altas que llegaban al borde de la ventanilla.

El aplastado radiador del Jaguar escupía gotas de agua herrumbrosa y un vapor siseante salía a chorros. El motor resonaba con un rugido hueco, un sonajero mecánico y letal.

Maitland clavó los ojos en la caja de dirección bajo el panel de instrumentos, advirtiendo la postura rara en que le habían quedado las piernas. Se veía los pies entre los pedales como si una misteriosa cuadrilla de demolición se los hubiera puesto allí de prisa luego de preparar el accidente.

Movió las piernas y se tranquilizó al ver que retomaban la posición de costumbre, a ambos lados de la barra de dirección. El pedal le presionaba la planta del pie. Maitland ignoró la hierba y la autopista, se miró el cuerpo, e inició un cuidadoso inventario. Se tanteó los muslos y el vientre, se sacudió de la chaqueta los fragmentos del parabrisas y se apretó el tórax, tratando de averiguar si tenía algún hueso roto.

En el espejo retrovisor se examinó la cabeza. Un magullón triangular, como la hoja de una paleta de albañil, le marcaba la sien derecha. La frente estaba cubierta de manchas de suciedad y aceite que el estallido del parabrisas había llevado al interior del coche. Maitland se masajeó la mandíbula cuadrada y las mejillas enjutas, tratando de dar

alguna expresión a los músculos y la piel pálida. Los ojos le devolvieron la mirada desde el espejo, impertérritos e inexpresivos, como si Maitland estuviese mirando a un gemelo psicótico.

¿Por qué había conducido tan rápido? Había salido a las tres del despacho en Marylebone, intentando evitar el tránsito del atardecer, y con tiempo de sobra para viajar con seguridad. Recordaba haber virado en la intersección del oeste, y haber avanzado luego hacia el túnel del paso elevado. Todavía podía oír el ruido de los neumáticos mientras golpeaban a lo largo del borde de cemento levantando una nube de polvo y de envoltorios de cigarrillos. Mientras el coche emergía de la bóveda del túnel, el sol de abril se había irisado en el parabrisas, cegándolo por un instante...

El cinturón de seguridad, que usaba rara vez, pendía del soporte junto al hombro de Maitland. Como él mismo admitía con franqueza, conducía invariablemente muy por encima de la velocidad límite. Una vez dentro del coche, algún gene bromista, un rasgo de osadía ancestral, se imponía a todo el resto de su carácter, generalmente cauteloso y lúcido. Y ese día, mientras corría a lo largo de la autopista, fatigado luego de tres días de reuniones y preocupado e inquieto porque iba a encontrarse con su mujer después de haber pasado una semana con Helen Fairfax, él mismo había dispuesto casi deliberadamente el choque, tal vez como una forma extravagante de racionalización.

Sacudiendo la cabeza, Maitland golpeó el parabrisas con la mano, quitando los restos. Frente a él estaba el taxi oxidado con que había ido a chocar el Jaguar. Ocultos a medias por las ortigas, otros coches destartados yacían alrededor, despojados de neumáticos y accesorios de cromo, con las puertas herrumbradas y abiertas.

Maitland salió del Jaguar y se detuvo en medio de la hierba, que le llegaba a la cintura. Al apoyarse en el techo, la pintura recalentada le quemó la mano. El sol de la tarde caldeaba el aire estancado al pie del terraplén. Algunos co-

ches atravesaban la autopista, los techos visibles por encima de la balaustrada. Unos surcos largos y profundos, como las incisiones de un escalpelo gigantesco, habían sido trazados por el Jaguar en la tierra apisonada del terraplén y señalaban el punto en que Maitland se había salido del camino, a unos treinta metros del túnel. Esa sección de la autopista, y las vías de salida hacia el oeste del cruce elevado se habían abierto al tránsito hacía sólo dos meses, y todavía había que instalar una buena parte de la valla de contención.

Maitland se abrió paso entre las hierbas hasta llegar a la parte delantera del coche. Le bastó una ojeada para convencerse de que no podía llevarlo hasta algún camino de acceso próximo. El morro del coche estaba metido dentro de sí mismo como un rostro que se ha desmoronado. Tres de los cuatro faros estaban rotos, y la rejilla decorativa se había incrustado en el panel del radiador. A causa del impacto, los muelles de suspensión habían desencajado el motor, deformando la estructura del coche. El olor áspero del anticongelante y de la herrumbre caliente le lastimó la nariz a Maitland cuando se inclinó para examinar los guardabarros.

Un desastre total... Lo lamentó, pues el coche le gustaba. Echó a andar entre las hierbas hacia un claro de terreno entre el Jaguar y el terraplén. Era sorprendente que nadie se hubiera detenido aún para ayudarlo. Los conductores que emergían de la oscuridad del túnel hacia la rápida curva de la derecha a la luz del sol declinante estaban demasiado ocupados para advertir los caballetes caídos al lado del camino.

Maitland miró su reloj. Eran las tres y dieciocho; habían pasado poco más de diez minutos desde el choque. Mientras caminaba entre la hierba, se sintió casi mareado, como alguien que acabara de presenciar algún acontecimiento horrible, un accidente múltiple de carretera o una ejecución pública... Había prometido a su hijo de ocho años que vol-

vería a tiempo de ir a buscarlo a la escuela. Maitland imaginó a David en ese momento, esperando pacientemente a las puertas de Richmond Park, cerca del hospital militar, sin saber que su padre estaba a menos de diez kilómetros, parado junto a un coche inservible al pie del terraplén de la autopista. Irónicamente, en esa cálida tarde de primavera los mutilados de guerra estarían sentados en sillas de ruedas junto a la entrada del parque, como para mostrar al niño la variedad de lesiones que el padre hubiera podido sufrir.

Maitland volvió al Jaguar, apartando con las manos la hierba áspera. Aun ese pequeño esfuerzo bastó para que el calor de la sangre le arrebatara la cara y el pecho. Miró alrededor por última vez, con el detenimiento de un hombre que examina una tierra ingrata que está a punto de abandonar para siempre. Estremecido todavía por el choque, empezaba ya a darse cuenta de los magullones que tenía en los muslos y el pecho. El impacto lo había arrojado sobre el volante como un saco de arena roto... lo que los especialistas en seguridad llamaban modestamente la segunda colisión. Mientras se calmaba, se recostó contra el Jaguar; quería grabarse en la mente ese lugar de malezas silvestres y coches abandonados donde casi había perdido la vida.

Protegiéndose los ojos del sol, Maitland vio que el accidente lo había arrojado a una pequeña isla entre tres autopistas convergentes, un triángulo de unos doscientos metros de largo. El vértice de la isla apuntaba hacia el oeste, donde declinaba el sol; la luz cálida caía ahora sobre los lejanos estudios de televisión de White City. La base del triángulo era el paso que iba hacia el sur a unos veinte metros de altura sobre unos macizos pilares de cemento. Las chapas corrugadas que protegían de posibles salpicaduras a los vehículos que pasaban por debajo, ocultaban los cinco carriles.

Detrás de Maitland se alzaba el murallón norte de la isla, el terraplén de nueve metros de altura de la autopista del oeste, por la que había venido. Frente a él, y en el límite sur, se empinaba el terraplén del camino de tres carriles, que se curvaba hacia el noroeste por debajo del paso elevado y se unía con la autopista en el vértice de la isla. A pesar de que no estaba a más de trescientos metros de distancia, este terraplén de hierba reciente parecía velado por el resplandor recalentado de la isla, junto a las malezas, los coches abandonados y el equipo de construcción. El tránsito avanzaba hacia el oeste por los carriles del camino de acceso, pero los parapetos metálicos impedían que los conductores vieran la isla. Los postes altos de tres señales indicadoras se elevaban desde bloques de cemento contruidos a un costado de la carretera.

Maitland se dio vuelta en el momento en que el autocar de una línea aérea pasaba por la autopista. Los pasajeros del piso superior, con destino a Zurich, Stuttgart y Estocolmo, iban rígidamente instalados en los asientos como un grupo de maniqués. Dos de ellos, un hombre de edad mediana que llevaba una gabardina blanca y un joven sij con la cabeza envuelta en un turbante, observaron a Maitland, y durante unos segundos lo miraron a los ojos. Maitland les devolvió la mirada y decidió no hacerles señas ¿Qué creerían que estaba haciendo allí? Desde el piso superior del autocar, bien podía parecer que el Jaguar estaba intacto, y quizá los viajeros suponían que Maitland era un funcionario de tránsito o un ingeniero de caminos.

Por debajo del paso elevado, en el extremo este de la isla, una cerca de malla de alambre separaba el triángulo yermo del terreno próximo, un vaciadero municipal clandestino. En la sombra, bajo la arcada de cemento, había varios camiones de mudanzas destartados, una pila de cartelones rotos, montones de neumáticos y desechos de metal. A unos cuatrocientos metros hacia el este del paso superior, visible a través de la cerca, estaba el centro de

compras del barrio. Un autobús rojo de dos pisos daba la vuelta a una pequeña plaza, pasando frente a los toldos a rayas de las tiendas.

Evidentemente, el único camino de salida eran los terraplenes. Maitland quitó del panel de instrumentos la llave de contacto y abrió el portaequipajes del Jaguar. Las probabilidades de que algún vagabundo o un chatarrero encontraran el coche eran mínimas; la isla estaba separada del mundo circundante por la altura de los terraplenes en dos de los lados y por el cercado de alambre en el tercero. Los contratistas no habían iniciado todavía la obligatoria remodelación, y el contenido original del terreno, con coches oxidados y malezas, aún estaba intacto.

Maitland aferró la manija del maletín, e intentó sacarlo del portaequipajes: se encontró con que el esfuerzo lo mareaba. La sangre se le había retirado instantáneamente de la cabeza, como manteniéndose en circulación mínima. Dejó el maletín, y se apoyó débilmente contra la tapa abierta del portaequipajes.

En los paneles lustrosos de los guardabarros traseros, se quedó mirando la imagen distorsionada de sí mismo. La figura alta se estiraba como un espantapájaros grotesco, y la cara pálida se desangraba sobre los contornos ondulados de la carrocería. La mueca torcida de un loco, con una oreja sobre un pedículo a quince centímetros de la cabeza.

El accidente lo había afectado más de lo que suponía. Maitland observó el contenido del portaequipajes: el equipo de herramientas, una pila de revistas de arquitectura y una caja de cartón con media docena de botellas de vino de Borgoña blanco que le llevaba a Catherine, su mujer. Después de la muerte del abuelo, el año anterior, la madre de Maitland había estado regalándole algunos de los vinos del viejo.

—Maitland, ahora te vendría bien un trago —se dijo en voz alta. Echó llave al portaequipajes y del asiento trasero retiró el impermeable, el sombrero y la cartera. Con el cho-

que, algunos objetos olvidados se habían salido de debajo de los asientos: un tubo medio vacío de crema para el sol, recuerdo de unas vacaciones en La Grande Motte con la doctora Helen Fairfax, las pruebas de una ponencia que ella había presentado en un seminario pediátrico, un paquete de los cigarrillos de Catherine, que él le había escondido cuando intentó que ella dejase de fumar.

Con la cartera en la mano izquierda, el sombrero puesto y el impermeable sobre el hombro derecho, Maitland echó a andar hacia el terraplén. Eran las tres y treinta y uno; todavía no había pasado media hora desde el accidente.

Volvió la cabeza, mirando a la isla por última vez. La hierba, de más de un metro de alto, separada por los sinuosos corredores que él había abierto mientras iba de un lado a otro alrededor del coche, ya volvía a cerrarse, ocultando casi el Jaguar plateado. Una tenue luz amarilla se extendía sobre la isla, un resplandor desagradable que parecía elevarse desde la hierba, como un enjambre de insectos sobre una herida purulenta.

El motor diesel de un camión bramó bajo el paso elevado. Maitland dio la espalda a la isla, pisó el terraplén y empezó a trepar por la pendiente. Subiría por el terraplén, haría señas a algún coche que pasara, y saldría de allí.

2

El terraplén

La tierra se escurría alrededor como un río aluvial y tibio. En mitad del ascenso, Maitland descubrió que se hundía hasta las rodillas en la pendiente resbaladiza. Los brotes que asomaban a la superficie no habían consolidado aún la capa de tierra suelta, destinada sólo a sostener los terrones de césped. Maitland trató de avanzar buscando dónde apoyarse, usando la cartera como pala. El esfuerzo por trepar el terraplén casi lo había agotado, pero se obligó a seguir.

Al sentir un sabor a sangre en la boca, se detuvo y se sentó. Acucillado en la cuesta polvorienta, sacó el pañuelo del bolsillo y se lo pasó por la lengua y los labios. La mancha roja parecía la estampa de una boca temblorosa, como un beso ilícito. Maitland se tanteó la piel dolorida en la sien y el pómulo derechos. El magullón iba desde la oreja hasta un lado de la nariz. Al oprimirse la fosa nasal con un dedo pudo sentir las encías lastimadas, y un colmillo flojo.

Mientras esperaba a recuperar el aliento, escuchó el ruido del tránsito que pasaba por encima. El zumbido de los motores retumbaba incesantemente en el túnel del paso elevado. En el otro extremo de la isla, el camino de acceso estaba atestado ahora, y Maitland sacudió el impermeable hacia los coches que pasaban. Pero los conductores sólo miraban las señales altas y el empalme con la autopista.

Los bloques de edificios de oficinas se elevaban a lo lejos en el aire de la tarde. Escudriñando el cálido resplandor que cubría Marylebone, Maitland casi alcanzaba a identificar su propio edificio. En alguna parte, detrás de los crista-

les y los cortinados del piso decimoséptimo, la secretaria estaba pasando a máquina los asuntos que se tratarían la semana próxima en las reuniones de la comisión de finanzas. Jamás podría ocurrírsele que su jefe estaba en cuclillas en este terraplén de la autopista con la boca ensangrentada.

Maitland sintió de pronto que le temblaban los hombros, un estremecimiento rápido que le llegó al diafragma. Al fin consiguió dominar el espasmo. Se tragó la flema que le cerraba la garganta y observó el Jaguar, pensando otra vez en el choque. Había sido una estupidez no hacer caso del límite de velocidad. Deseaba estar con Catherine y no veía el momento de descansar en la casa fresca y convencional, de habitaciones espaciosas y blancas. Después de pasar tres días con Helen Fairfax, en el apartamento cálido y cómodo de esa doctora razonable, se había sentido casi sofocado.

Maitland se levantó y subió de costado por la ladera. A tres metros por encima de él estaba el borde de la autopista y la empalizada de caballetes de madera. Arrojó la cartera pendiente arriba, y apoyado en los pies y los antebrazos, como un cangrejo, trepó por la tierra suelta, alcanzó con ambas manos el borde de cemento, y se encaramó a la carretera.

Agotado por la escalada, Maitland se sentó vacilante en un caballete, y se frotó las manos contra los pantalones para quitarse la tierra. La cartera y el impermeable yacían a sus pies, en sucio montón, como el equipaje de un vagabundo. El sudor le empapaba la camisa y el forro de la chaqueta. La sangre le llenaba la boca, pero él volvía a tragársela una y otra vez.

Se incorporó y se volvió para enfrentar el tránsito. Tres líneas de vehículos avanzaban velozmente hacia él. Salieron del túnel, debajo del paso elevado, y aceleraron en la curva. Había empezado ya la hora de los atascamientos. Magnificado por el techo y las paredes del paso elevado el rui-

do reverberaba alrededor de Maitland, desde el cemento de la autopista, ahogando sus primeros gritos. De vez en cuando había entre los coches una distancia de unos quince metros, pero ya en los primeros minutos en que Maitland estuvo allí de pie, haciendo señas con la cartera y el impermeable, los centenares de vehículos que llevaban a casa a los presurosos conductores empezaron a aproximarse entre ellos, hasta avanzar con los parachoques casi unidos.

Maitland dejó caer la cartera y se quedó mirando el tránsito que pasaba rugiendo ante él. Los caballetes rojos eran una línea desordenada, derribada por coches apresurados. Ya más bajo en el cielo, el sol fuerte daba directamente en los ojos de los conductores que salían del paso elevado y tomaban la curva rápida a mano derecha.

Maitland se miró un momento. Tenía la chaqueta y los pantalones manchados de sudor, barro y grasa: pocos conductores, aun cuando lo vieran, estarían dispuestos a invitarlo a subir. Además, en ese lugar les sería casi imposible aminorar la marcha y detenerse. La presión del tránsito que venía detrás, liberado finalmente de los prolongados embotellamientos que a esas horas bloqueaban siempre el cruce del oeste, los obligaba implacablemente a seguir adelante.

Buscando una posición que fuera más visible. Maitland se desplazó de costado por el estrecho borde del camino. A lo largo de todo el carril no había ninguna senda o refugio de emergencia, y los coches pasaban a cien kilómetros por hora a no más de un metro de Maitland. Sin dejar de cargar con el impermeable y la cartera, Maitland avanzó junto a la hilera de caballetes, apartándolos uno a uno. Al mismo tiempo sacudía el sombrero en el aire contaminado por el humo de los escapes, gritando por encima del hombro, en medio del ruido de los motores:

—¡Emergencia...! ¡Alto...! ¡Paren...!

Dos caballetes que un camión había derribado al pasar le cerraban el paso. Las hileras de tránsito corrían bajo las señales desviándose hacia el cruce. Las luces traseras parpadeaban y la luz del sol fulguraba en los parabrisas como lanzas eléctricas.

Una bocina vociferó detrás de Maitland que en ese momento esquivaba los caballetes. Un coche le pasó a toda velocidad a escasos centímetros de la cadera derecha, mientras un pasajero furioso bajaba la ventanilla. Maitland dio un paso atrás y en el carril más lejano vio la carrocería blanca de un coche policial. Avanzaba a unos ochenta kilómetros por hora, a un metro detrás del parachoques de otro vehículo, pero el conductor miró a Maitland por encima del hombro.

—¡Deténgase...! ¡Policía...!

Maitland sacudió al mismo tiempo el sombrero y la cartera, pero la ola de tránsito ya se había llevado el coche. Mientras intentaba seguirlo a pie, Maitland estuvo a punto de ser golpeado por el guardabarros de un taxi. Luego una limusina negra se precipitó sobre él desde la salida del túnel, y el chófer uniformado sólo lo vio en el último momento.

Al darse cuenta de que lo aplastarían contra los caballetes, Maitland se alejó. Un coche le había golpeado la mano derecha y un fragmento del parabrisas o el borde del espejo lateral le habían desgarrado la piel. Se la envolvió en el pañuelo manchado de sangre.

A trescientos metros, más allá de la entrada este del paso elevado, había una cabina telefónica de emergencia, pero Maitland sabía que si intentaba atravesar el túnel lo matarían. Retrocedió de costado por el borde de la autopista y se detuvo en el sitio donde el Jaguar se había salido del camino. Se puso el impermeable, se lo abotonó pulcramente, y enderezándose el sombrero hizo señas a los vehículos que pasaban.

Todavía seguía allí cuando empezó a anochecer. Los faros desfilaban uno tras otro y los haces de luz le cruzaban la cara. Las bocinas bramaban y las luces de cola se apagaban y se encendían en tanto se alejaban hacia el empalme. Mientras seguía de pie, vacilante, junto al camino, haciendo débiles señas con la mano, a Maitland le pareció que todos los vehículos de Londres habían pasado y vuelto a pasar junto a él una docena de veces, y que los conductores y pasajeros lo habían ignorado con deliberación, en una vasta conspiración espontánea. Se daba clara cuenta de que nadie se detendría a ayudarlo, por lo menos hasta las ocho, cuando hubiera pasado la peor hora. Entonces, si tenía suerte, tal vez podría llamar la atención de algún conductor solitario.

Maitland levantó su reloj para mirarlo a la luz de los faros fugaces. Eran las ocho menos cuarto. Ya hacía tiempo que su hijo habría llegado solo a casa. Catherine habría salido, o tal vez estuviera preparando la cena para ella sola, dando por supuesto que él había decidido quedarse en Londres con Helen Fairfax.

Al pensar en Helen, con el oftalmoscopio en el bolsillo de la bata blanca, observando con aire crítico los ojos de algún pequeño paciente, Maitland volvió a mirarse la herida de la mano. Ahora se sentía más cansado y alterado que en ningún otro momento desde el choque. Pese al humo caliente de alrededor, se estremeció, irritado; sentía que unos cuchillos invisibles le estaban raspando el sistema nervioso, sacándole los nervios de las vainas. La camisa se le pegaba al pecho como un delantal mojado. Al mismo tiempo, empezaba a dominarlo una fría euforia. Pensó que la sensación de mareo era un primer síntoma de envenenamiento por monóxido de carbono. Continuó haciendo señas a los coches que corrían en la oscuridad, paseándose de un lado a otro como un borracho.